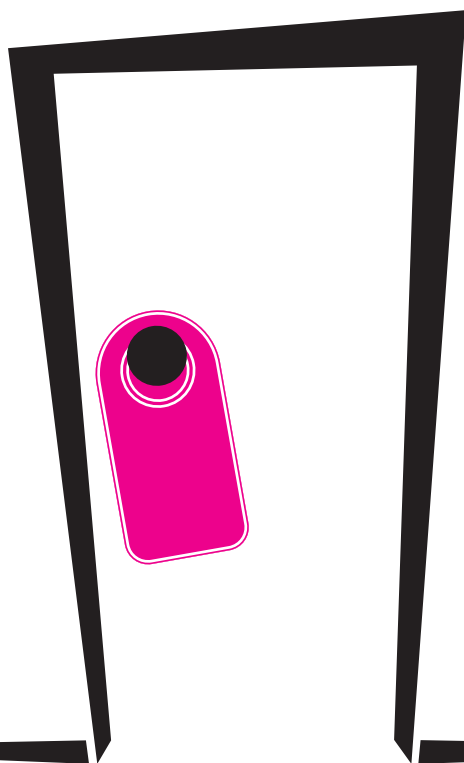


PALOMA AÍNSA

Siete Cero Dos



Siete cero dos

Paloma Aínsa

Esencia/Planeta

© Paloma Afinsa, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Julio León Burke
© Fotografía de la autora: Belén Sánchez Venturo

Primera edición: marzo de 2015
ISBN: 978-84-08-13800-6
Depósito legal: B. 2.748-2015
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



El día en que mi sencilla, ordenada y, ¿por qué no decirlo?, algo aburrida existencia dejó de serlo, amaneció como otro cualquiera. Apagué el despertador de un manotazo, como siempre, y me costó salir de la cama, como siempre.

Nada fuera de lo normal.

Sin embargo, aquella mañana de marzo me sentía algo más deprimida de lo habitual: era mi cumpleaños.

Treinta y dos tacos.

Y mis amigas se habían empeñado en salir a celebrarlo.

¡Dios mío!, odio celebrar que cumpla años, lo siento, no puedo evitarlo.

Empecé a sentirme así más o menos al cumplir los veinticinco. Entonces, en medio de la discoteca a la que iba desde la adolescencia, sin previo aviso, la gente que conocía había sido sustituida por una panda de jovencitos que no dejaban de empujarme, la música se había vuelto mala y estridente y las conversaciones que oía en la cola del servicio, superfluas e infantiles. Me sentí mayor y empecé a salir cada vez menos. El momento había pasado, así, sin más.

Es ley de vida. Supongo que el cuerpo no aguanta tanta juer-ga y alcohol, y podemos dar las gracias por haber llegado a los treinta sin una cirrosis hepática.

Levanté la persiana y miré hacia la calle con la esperanza de ver

la luz del sol. Y allí estaba, cómo no, son las ventajas de vivir en Valencia. Aprendí a apreciar ese detalle aún más durante mi estancia en Londres, cuando empecé a temer que mi piel se volviera gris por la ausencia de luz solar. En realidad, creo que ésa fue la razón por la que decidí volver a España después de tres años de libertad, de estar alejada del yugo materno, mi vía crucis particular. Bueno, ésa y el hecho de echarme a llorar de un súbito ataque de nostalgia el día que oí a Serrat cantar *Mediterráneo* desde la habitación de Miquel. Éste era un catalán con rastas y la única persona con la que podía comunicarme sin problemas, siempre que no hubiera fumado demasiada maría. Recuerdo que estaba fregando los platos y al oír la canción me derrumbé, así, sin más, mientras Helga —otra de las cien personas con las que compartía casa en Queen's Park— me observaba arrugando la frente.

Me miré al espejo y me recogí el pelo en una coleta llena de bultos.

Una vez en la cocina, me preparé un café; lo necesitaba, la noche anterior había estado trabajando hasta muy tarde. Mientras esperaba impaciente junto a la cafetera, sonó el móvil, dándome un susto de muerte.

Era mi madre, por supuesto; siempre quiere ser la primera en felicitarme.

—Hola, mamá —contesté con la boca llena.

—Felicidades, cariño.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer hoy? ¿Algo especial? —preguntó.

—No, nada especial. Saldré un rato con Sara y Rita.

—Mmmm...

Sonreí. Siempre me había parecido divertido ver cómo esa

mujer fuerte e independiente se sentía tan insegura cuando alguien que no fuera ella cobraba cierto protagonismo en mi vida.

Y mis amigas eran su competencia más directa.

Mi madre y yo no nos llevamos demasiado bien, pero es una figura muy importante en mi vida. Tuvo que sufrir la muerte de su marido a una edad en la que una ni imagina que pueda llegar a encontrarse en esa situación. Mi padre trabajaba en la construcción y sufrió un desgraciado accidente del que se responsabilizó a la empresa por negligencia. Sólo tenía treinta y siete años. Mi madre cobró una buena indemnización, y su carácter se agrió sin remedio.

Ahora, con el tiempo, he llegado a admirarla por haberme criado sin ayuda y haber conseguido no derramar ni una sola lágrima en mi presencia. Siempre ha sido un pilar de fuerza para mí, a pesar de tener un carácter dominante. En el fondo la entiendo, yo soy lo único que le queda.

—Mamá, hace muchos años que las conoces. —Ladeé la cabeza para que no se me cayera el móvil mientras llenaba la taza de café—. ¿No crees que deberías haber superado ya ese rollo?

—¿Qué rollo? —contestó como si no supiera de qué le hablaba, algo típico en ella.

—Ya sabes de qué hablo, no te hagas la despistada.

Tuvo que rendirse ante la evidencia.

—Es sólo que, cuando sales con ellas, acabas haciendo cosas impropias de ti.

—¿A qué te refieres? —pregunté, a punto de mosquearme; esta vez no había tardado mucho en conseguirlo.

—¿Es que tengo que recordarte aquel incidente?

Cubrí el teléfono con la mano para que no me oyera reír.

—Emma, ¿te estás riendo? —preguntó enfadada.

—No...

—¿Cómo puedes reírte de *aquello*?

—¡Mamá! ¡Aquello pasó hace más de diez años! —Fingí estar cabreada para disimular mi risita—. ¡Llegué borracha a casa y vomité en el primer sitio que encontré! ¡No es culpa de Sara ni de Rita!

—¿Y el suelo no te pareció un sitio más apropiado?

Me tapé la boca para no hacer ruido, pero era imposible.

—Ríete todo lo que quieras, Emma, pero Freud tendría mucho que decir de lo que hiciste.

No pensaba discutirse.

—Bueno, tengo que dejarte, y no pienso volver a tener esta conversación otra vez, de verdad.

—Como quieras.

—Adiós, mamá.

Colgué sin darle opción a réplica, era muy capaz de sacar otro tema parecido. Para las cosas buenas no tenía tanta memoria.

El móvil volvió a sonar. Esta vez era Rita.

—¿Es que no voy a poder desayunar en paz o qué?

—¿Y tú qué haces comunicando tan temprano? —preguntó.

—A ver si lo adivinas...

—Mmm... —fingió que lo pensaba—, tu madre.

—¡Premio!

—Cómo no... no vaya a ser que te llamemos nosotras primero —dijo con resignación—. Bueno, ¡felicidades!

—Gracias.

—Tengo unas ganas de salir esta noche... Estoy harta de estas viejas —susurró—. A la próxima que me hable de sus nietecitos, le dejo el pelo al mohicano *style*.

Rita tenía una pequeña peluquería en el barrio del Carmen y vivía en el piso de arriba, un apartamento de treinta metros cuadrados que compartía con dos gatos. Era algo antisocial, pero

muy buena en su trabajo. Tenía ese don que todo estilista debería tener y casi ninguno posee en realidad. Sabía exactamente qué corte iba a sentarte bien estudiando tus rasgos. Te miraba a través del espejo, entornando los ojos durante unos minutos, mientras tú te obligabas a permanecer inmóvil, casi con miedo a respirar para no hacerle perder la inspiración. Aquello podía hacerse eterno. De repente, lo veía claro y todas suspirábamos aliviadas. Sabías que había llegado el momento porque su cara se iluminaba con una gran sonrisa y sus manos empezaban a moverse con rapidez y precisión. Era infalible y se había ganado cierta reputación en la ciudad. Varios salones de belleza de reconocido prestigio habían intentado, sin éxito, llevarla a su terreno, pero Rita no se vendía, le encantaba trabajar por su cuenta y no tener que someterse a las órdenes de nadie.

Para mí, eso era un punto a su favor.

—Bueno, ¿a qué hora vendréis? —preguntó.

—A las nueve y media, más o menos.

—Joder, qué largo se me va a hacer —dijo suspirando.

Nos despedimos y me arreglé para ir a trabajar.

Soy contable y trabajo para pequeñas empresas, casi siempre desde casa; sin embargo, aquella mañana tenía que ir a hacer unas gestiones para uno de mis clientes, el señor Luis, farmacéutico del barrio, un anciano de cara agradable y modales algo anticuados. Entrar en la farmacia y verlo sonriente detrás del mostrador siempre me hacía pensar en una de esas láminas de Norman Rockwell en las que el mundo parece un lugar amable y acogedor.

—¡Buenos días! —dije entrando en la tienda.

—Buenos días, Emma —contestó el señor Luis más serio de lo normal. En ese momento estaba atendiendo a la señora Nieves,

una clienta habitual con un problema grave de hipocondría y mala educación.

—Le digo que me ha picado algo venenoso. ¡Estoy perdiendo sensibilidad en la zona! —insistió la señora con la manga recogida hasta el codo.

—A mí me parece una picadura de mosquito —repuso el farmacéutico examinando el antebrazo.

—¡No diga tonterías, hombre! ¿Es que no se da cuenta de que no tiene nada que ver con eso? —La voz de la clienta subió unos decibelios.

El hombre parecía diminuto en comparación con aquella bruja estirada con pelo de casco, y decidí echarle un cable. Me acerqué a ellos y miré la picadura.

—¿Ha comprado fruta tropical últimamente, señora Nieves? —Ella se volvió hacia mí sin entender a qué me refería.

El señor Luis me miró extrañado mientras ella meditaba la respuesta analizándome con desconfianza por no provenir la pregunta de una profesional cualificada.

—Pues... unas bananas en Mercadona, ¿por qué? —indagó.

—Porque parece un queleloide aracnoideo.

—¿Un qué?! —preguntó horrorizada. El señor Luis entendió lo que pasaba y se cubrió la boca para disimular su sonrisa.

—A veces, en los cajones de fruta que vienen de países tropicales, se cuelan arañas que ponen huevos en las picaduras. El grano se hace cada vez más grande hasta que revienta y de él salen miles de arañitas que...

Su cara palideció. El señor Luis luchaba por no reírse a carcajadas.

—¡Dios mío! —espetó la mujer saliendo por la puerta.

Esperamos a que estuviera lo bastante lejos para empezar a reír.

—Eres muy joven para ser tan diabólica —dijo el anciano mientras se limpiaba los ojos con un pañuelo.

—Bueno, ya conoce a mi madre —contesté encogiéndome de hombros—, de tal palo...

—¿Cómo se te pueden ocurrir esas cosas tan desagradables?

—Lo vi en una película —contesté—, una escena preciosa.

Me dirigí al despachito de la trastienda y empecé a organizar los papeles: tenía mucho que hacer.

Pasé la tarde en casa trabajando y mirando el reloj. A las ocho, con los ojos fatigados, decidí apagar el ordenador y empezar a arreglarme.

Dos días atrás me había vuelto loca recorriendo la calle Colón de arriba abajo con la expectativa de dar con algo especial para la ocasión y, justo cuando empezaba a desesperarme de tanto oír los resoplidos de Sara, allí estaba aquel vestido negro esperándome bajo un revoltijo de ropa rechazada en Zara. Abrí el armario y lo aprecié; era ajustado y sin mangas y me llegaba hasta las rodillas. Sencillo pero elegante, perfecto. El resto de mi ropa parecía aburrida en comparación.

Después de una larga ducha caliente y de pelearme con mi pelo y un *eye liner* rebelde, me sentí preparada para enfrentarme al mundo exterior.

«No estás nada mal esta noche, pequeña», pensé mirándome en el espejo de cuerpo entero que había en la puerta del armario. Me puse mi colonia de bebé y salí a la calle.

Mi «flamante» Volkswagen Golf del 85 me esperaba en la acera, siempre fiel, salvándome de las aglomeraciones del transporte público, que trataba de evitar a toda costa. «Menudo cacharro», pensé mirando el coche que había sido rojo en otra época y que,

por alguna razón, me resistía a sustituir. Subí, lo puse en marcha y la radio me respondió con *Pride and joy*, de Stevie Ray Vaughan. La noche empezaba bien.

Tardé cinco minutos en llegar a casa de Sara. Ambas vivimos en Benimaclet, a sólo unas manzanas de distancia pero en dos mundos muy diferentes. Yo vivo en una de esas viejas casas anacrónicas con patios delanteros que resistieron el *boom* de la construcción y que ves cuando vas en el tranvía en dirección a la universidad politécnica. La casa de mis abuelos, herencia de mi padre, y que Sara, excepcional interiorista, me ayudó a reformar hasta convertirla en algo decente eliminando el alicatado de la fachada y sustituyendo el muro delantero por una pretenciosa verja de hierro con pinchos que nunca acabó de convencerme. Ella, sin embargo, vive en un chalet frente al jardín de los Viveros, de esos que siempre hacen preguntarte quién puede tener la suerte de vivir allí.

Al igual que yo, se había resistido a abandonar el barrio en el que las tres nos habíamos criado, inseparables como hermanas. A Sara y a mí nos resultaba imposible alejarnos de los recuerdos de nuestra infancia, del colegio en el que nos conocimos, del instituto en el que estudiamos, de las escapadas a El Corte Inglés en horas de clase, de cómo nos reíamos probándonos gafas de sol horrosas en el mercadillo del Parterre...

Rita, más desapegada que nosotras, había intentado alejarse pero no había logrado llegar más que al otro lado del cauce del río.

Hice sonar el claxon para ver si daba señales de vida. Nada. Después de insistir un par de veces más, y cuando ya cabreada estaba a punto de bajar del coche, la vi salir por la puerta.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo?

—Mimitos de última hora —dijo retocándose el pintalabios, al tiempo que me guiñaba el ojo.

—Ahórrame los detalles, por favor —contesté mientras me incorporaba al tráfico. Sara era la única que estaba casada. Ella y Carlos llevaban juntos desde el instituto, algo increíble hoy en día. Yo pensaba que tenían mucha suerte, pero a Rita le parecía rarísimo que nunca discutieran. «Parecen hermanos —me decía a veces susurrándome mientras les veía compartir una comida—, seguro que cagan con la puerta abierta.»

—El pobre ya no está acostumbrado a verme arreglada...

La miré. Estaba muy guapa. Se había planchado el pelo y llevaba un suéter azul que disimulaba los kilos que había cogido después de la boda. Hacía mucho tiempo que no la veía maquillada.

—Sé lo que estás pensando, ¿sabes? —dijo mirando hacia delante—. Que debería adelgazar y arreglarme más, ¿no? —Se volvió hacia mí.

—Tú lo has dicho. —No podía mentirle por dos razones: una, me conoce demasiado, y dos, no soy muy diplomática. No es que lo considere una cualidad, pero no me gusta perder el tiempo, es así de sencillo. Ella no dijo nada, estaba acostumbrada.

Conseguimos aparcar no muy lejos de donde Rita tenía la peluquería y subimos al diminuto apartamento. La casa era un verdadero desastre: el fregadero estaba lleno de platos sucios y los gatos dormitaban encima del sofá. Había ropa tirada por todas partes y Rita iba de un lado a otro con una toalla enrollada en el pelo.

—¡Ya casi estoy! ¡Ya casi estoy!

Buscamos un lugar decente donde sentarnos.

—Esto está hecho una mierda —dijo Sara apartando a un

gato del sofá—, me voy a llenar de pelos. ¿Por qué no limpias un poco, guapa?

—Si tanto te molesta, puedes fregar los platos mientras esperas —dijo Rita desde el baño—, el jabón está debajo del fregadero.

Sara resopló y puso los ojos en blanco. A mí me hacía gracia, ya que nadie diría que Rita es así de descuidada. Cuando sale de casa siempre va impecable, pelo perfecto, maquillaje perfecto, perfume perfecto, no importa el día de la semana. A veces hace que te sientas como un adefesio a su lado, pero ella te tranquiliza diciendo que tiene que ver con su trabajo. «A nadie le gusta ponerse en manos de la doble de Amy Winehouse, que en paz descansan», afirma mientras se santigua.

Veinte minutos después salió del baño.

—¿Qué tal estoy? —preguntó posando como una modelo.

La miramos de arriba abajo, estaba impresionante. Llevaba un vestido ajustado y se había recogido los rizos rubios en un moñito descuidado. Tenía un cuerpazo y lo lucía en cuanto tenía ocasión. Raro era el chico que se fijaba en Sara o en mí estando ella delante. De hecho, Carlos fue uno de los múltiples hombres que rechazó. Sara recogió lo poco que quedaba de él. El pobre no tenía nada que hacer con aquella diosa, y a Sara, en cambio, le inspiraba mucha ternura. Lo comparaba con un osito de peluche —Carlos tenía un ligero sobrepeso y una cara muy dulce—, y decidió darle cariño hasta que él cayó en la cuenta de que iba a ser mucho más feliz con ella. Los hombres son tan simples...

Para fastidiarla, Sara y yo nos encogimos de hombros y dijimos a la vez:

—Como siempre.

Nos fulminó con la mirada y se puso el abrigo.

—¿Dónde cenamos? —pregunté dirigiéndome a Rita. Sabía que al final acabaríamos yendo adonde ella decidiera, era inútil perder el tiempo. Sara me miraba de reojo y sonreía, pensaba lo mismo que yo.

Rita me escrutó con sus ojos azules a través del retrovisor.

—Pues, si no os importa, me gustaría ir al Sorrentino. —Siempre camuflaba sus deseos/órdenes con eufemismos como «si no os importa» o «si os parece bien».

—¿Otra vez? —dijo Sara con fastidio.

—¿Para qué vamos a cambiar si a las tres nos encanta? —contestó Rita indiferente al tiempo que se ponía *gloss* en los labios.

Decidimos hacerle caso, incapaces de rebatirla. Tenía toda la razón.

Entramos en el local, donde me invadió el familiar olor a pizza y especias que siempre me hacía salivar, incluso cuando no tenía hambre. Era algo oscuro pero había velas encendidas en las mesas que dejaban restos de cera en los manteles y aportaban calidez al ambiente.

Al fondo, en el gran horno de leña, estaba Arturo lanzando una masa al aire y volviéndola a coger como si fuera lo más fácil del mundo. Era un hombre enorme de aspecto rudo, y tenía los brazos más peludos y los ojos más dulces que había visto en mi vida. Vio que lo miraba y me sacó la lengua; le sonreí y saludé con la mano.

La camarera nos vio y caminó hacia nosotras con desgana. Era el único inconveniente de ir a comer allí: esa chica nos odiaba a muerte, sobre todo a Rita.

—Ya viene la señorita Rottenmeier —dijo con fastidio.

Sara y yo nos reímos. Andaba muy estirada con cara inexpress-

siva y su delgadez era extrema, pero tenía mucho estilo incluso llevando un simple delantal.

—¿Queréis la mesa de siempre? —preguntó con voz aburrida.

—Sí, por favor —contestó Sara.

Rottenmeier, que en realidad se llamaba Elena y tenía más o menos nuestra edad, nos guio hasta nuestra mesa favorita y nos tomó nota de las bebidas.

—Gracias —dijo Sara.

Elena le dedicó una sonrisa forzada y se alejó.

—¿Por qué te empeñas en ser simpática con ella? —quiso saber Rita.

—Es que no soporto que la gente me odie, no sé qué le hemos hecho.

—Nosotras no le hemos hecho nada, es así y punto —repuse yo.

Sara la contempló con tristeza y Rita y yo nos miramos divertidas; las dos sabíamos que no iba a rendirse en su empeño por caerle bien a la camarera, es así de encantadora.

—Qué hambre tengo... —dijo Rita mientras cogía un colín.

Como siempre, me quedé absorta contemplando la fotografía del lago de Como que había en la pared; la belleza del paisaje era impresionante, las montañas y las antiguas villas... había algo hipnótico en esa imagen. Noté que me estaban mirando.

—*No-me-tengo-que-morir-sin-ir-allí* —dijeron al unísono en tono burlón.

—No he dicho nada —contesté.

—Pero ibas a decirlo —afirmó Sara—, como cada vez que te sientas aquí.

—Si os resulto cansina, os jodéis. —No podía negarlo, hubiera acabado diciéndolo.

—Tú tranquila, le diré a mi amigo George Clooney que te in-

vite un fin de semana a su villa —añadió Rita cogiendo el colín como si fuera un cigarrillo.

—Con un *bed and breakfast* me conformo, no tengo los gustos tan caros como tú —contesté.

—Tú misma —dijo buscando a Elena con la mirada—. Joder, cómo tarda la tía esa.

Por fin llegó con las bebidas y las colocó sobre la mesa casi con brusquedad.

—¿Sabéis qué? —anunció Rita en voz alta para que Elena la oyera—. He oído que en el local porno de la esquina están buscando a una institutriz alemana para una sesión sado. ¿Se os ocurre a quién se lo podríamos decir?

La camarera la fulminó con la mirada y abrió el bloc para tomar nota.

—¿Qué os pongo? —solicitó ignorándola. Sara y yo estábamos en tensión y tardamos en contestar. Elena levantó las cejas impaciente.

—Yo... una carbonara —pedí.

—Yo también, por favor —dijo Sara con timidez.

Rita chasqueó con la lengua al ver nuestra cobardía.

—*Pepperoni* —exclamó sin girarse y entregándole las cartas por encima del hombro.

Una vez que se hubo alejado, Rita nos dijo:

—Tendríais que haberos visto, parecíais dos caniches domesticados. ¿Es que os da miedo esa tía?

—No, es que no quiero un escupitajo en mi pizza —respondí.

—Yo lo reconozco, me acojona un montón —dijo Sara.

Rita apoyó la barbilla en la mano y fijó su atención en Arturo.

—Mmmmmm —dijo como si estuviera contemplando una tarta de chocolate; le parecía muy sexi. Sara y yo no podíamos en-

tender qué veía en él. Arturo estaba cada vez más incómodo y la masa peligraba por momentos.

—No lo mires así, le pones nervioso. —Odiaba que jugara con los hombres de esa manera—. Es mayor que tú y está casado.

—Eso lo hace más sexi todavía —contestó ella sin dejar de mirarlo.

—Pero si tiene mogollón de pelo —indicó Sara—. Su pecho debe de parecer un felpudo.

—Mmmmmm... —volvió a pronunciar Rita, soñadora—. Me gustaría depilarlo a la cera...

—¿Estás enferma o qué? —la increpé cabreada; ella se sorprendió.

—¿Qué os pasa? Andy García también es peludo y aquí ninguna lo echaría de la cama, y Nicolas Cage...

—Yo, a ése, sí que lo largaría de la cama. —Me miraron intrigadas—. Me da repelús su bisoñé —expliqué encogiéndome de hombros.

—Al que jamás tiraría de la cama es a John Davies —sentenció Sara mordiéndose el labio con expresión lujuriosa—. Ya sé que no viene a cuento porque no es peludo, pero es que me pone...

—¿Quién podría sacar a ése de la cama? —corroboró Rita—. ¡¡¡Mmmmmm...!!!

—¡Deja ya de hacer eso, joder! —Le tiré un colín a la cabeza, lo que llamó la atención de Elena, que estaba en la mesa de al lado.

—Parad ya, que saca la fusta —murmuró Sara bajito, lo que nos hizo reír.